



¿Te arriesgas por mí?

Decidido a darlo todo, me arriesgué por tu amor;
al sentir que tú a mi vida la llenabas de candor,
diste alas a mi alma, la llevaste a libertad;
y de inmediato sentí que ya no soy yo mitad.

Me sentí unificado y completo en tal sentido
que estaba siendo feliz, pues siempre lo había querido.
Y es que, en mis días pasados, yo no alcancé tal hazaña.
Y manifesté largo tiempo: ser feliz... ¡Eso es patraña!

Hoy reconozco que estuve totalmente confundido.
Y así, angustia y enojo, me condujeron al olvido
al desear por completo dormitar, cual glacial ártico,
donde ya nada importe, y estar solo sea estático.

Y, de repente, mis días llegaron a su final.
Al menos eso creía, al sentirme ya tan mal.
No había dicha, sosiego, ni una pizca de paz,
tan solo miedo y angustia, me sentí yo incapaz.

Y como por arte de magia, ¡Oh ángel enviado del cielo!
Te cruzaste en mi camino y derretiste aquel hielo;
abriste así una ventana con mirada al paraíso,
y con palabras y acciones me levantaste del piso.

Y ahora que más te conozco y que ya no siento miedo,
estar contigo yo quiero y profesar como credo,
vivir en el paraíso de tu mágico mirar
y conjugando, entre ambos, para siempre el verbo amar.

Beber con mis labios dulces de tu fresco manantial
el néctar más codiciado por toda la humanidad,
con el cual saciar la sed, imperiosa necesidad,
al ansiar y no encontrar la preciada libertad.

Aquella que da el amarse, y entregarse en propiedad
al otro que satisface tu total necesidad,
con besos y con caricias como lo haces tú, mi vida,
hoy me decido yo tuyo, me das felicidad vivida.

¡En ti, no arriesgo nada, sin ti, lo arriesgo todo!

